

Juan Pablo II contra la Guerra de Irak

El Evangelio de la Paz-1

Comunidad de Vida Cristiana CVX-Galilea (Madrid, España)
cvxgalilea@gmail.com <http://www.panyrosas.es/>

Quisiera repetir con fuerza que la guerra no puede ser un medio adecuado para resolver completamente los problemas existentes entre las naciones.

¡No lo ha sido nunca y no lo será jamás!

Juan Pablo II, 17 de enero de 1991

1. INTRODUCCIÓN



Uno de los posicionamientos más destacados de Juan Pablo II en la prioridad de la paz que caracterizó todo su pontificado, fue su rechazo a las guerras del Golfo de 1991 y de 2003. Hemos querido comenzar esta reflexión sobre el Evangelio de la paz aplicado a nuestro tiempo por Juan Pablo II, con una contemplación de un caso concreto: su posicionamiento en la primera guerra del Golfo.

Presentamos tres intervenciones tuyas. La primera es su posicionamiento de condena a la guerra del Golfo. La segunda es una vigilia de oración por la paz. La tercera es el gesto de reconciliación y compromiso por la paz de los obispos y Patriarcas de las naciones implicadas en el conflicto. Ofrecemos una selección de fragmentos para la meditación personal y el discernimiento grupal de las mociones suscitadas durante la oración del material de este documento¹.

Este documento es seguido de otras dos partes tituladas El Evangelio de la paz en las que meditaremos los mensajes que Juan Pablo dirigió al mundo con motivo de las Jornadas de la Paz que la Iglesia celebra cada uno de enero.



¹ Traducciones y edición: Fernando Vidal, fvidal@upcomillas.es

2. ORACIÓN DE ENTRADA

Recitando el Rosario y por la meditación de los misterios de Cristo, enterremos nuestro dolor, nuestras preocupaciones y nuestras esperanzas en el Corazón Inmaculado de María, nuestra Madre².

a. Oración por la Paz



Dios de nuestros padres,
Grande y misericordioso,
Señor de la paz y la vida,
Padre de todos.
Tú tienes planes para la paz y no para la aflicción,
Condenamos las guerras
Y el orgullo de la violencia.

Tú enviaste a tu Hijo Jesús
A anunciar la paz a los que están cerca y lejos,
A reunir a personas de toda raza
En una familia.

Escucha el grito unánime de sus hijos,
Oraciones de corazón de toda la humanidad:
No más guerra, aventura sin retorno,
No más guerra, una espiral de dolor y la violencia;
Por favor, poner fin a esta guerra en el Golfo Pérsico,

² Todos los textos de esta oración de entrada proceden de la Oración por la Paz del Papa Juan Pablo II el sábado 2 de febrero de 1991.

Amenaza para tus criaturas, en el cielo, tanto en tierra como en mar.

En comunión con María, la Madre de Jesús,
Te suplicamos:

Habla a los corazones de los responsables de la suerte de los pueblos,
Para que detengan la lógica de la represalia y la venganza,
Sugiere nuevas soluciones con tu Espíritu,
Gestos generosos y honorables,
Espacios para el diálogo y espera
Que sean más fructíferos
Que los apresurados plazos de una guerra.

Da tiempo a nuestros días de paz.

No más guerra.

Amén.



b. Abre los corazones de los hombres al diálogo

Señor,
Fuente de la justicia
Y principio de la armonía,
Que, en el anuncio a María
Has dado a los hombres
La buena noticia
De la reconciliación
Entre el cielo y la tierra:
Abre el corazón de los hombres al diálogo
Y sostén el empeño de los que trabajan por la paz
Para que la negociación

Prevalzca sobre el uso de las armas,
El acuerdo sobre la incomprensión,
El perdón sobre la ofensa, sobre el odio el amor.

c. **Escucha el grito de la Iglesia que pide**



Dios de nuestros padres
Padre de todos,
Que por tu Hijo Jesús, Príncipe de la Paz,
Regalaste la verdadera paz a cercanos y
lejanos,
Escucha la oración que la Iglesia te eleva,
En comunión con la Madre de tu Hijo:
Ayuda a los soldados de cada frente
Quienes, impulsados por una dolorosas
decisiones,
Están luchando entre sí en la Guerra del
Golfo;
Libérales de los sentimientos de odio y
venganza;
Haz que busquen siempre en el corazón
El anhelo de la paz,
Para que pese a los horrores de la guerra
No caigan en la depresión y la
desesperación.

d. **Acoge a las personas que la
violencia de las armas ha dejado a tu
misericordia**

Padre,
Tu Hijo, el Santo, el Inocente,

Murió en la cruz,
Víctima del pecado del hombre.
Murió
Rociando el suelo con sangre
Y sembrando en el corazón del hombre
Palabras de perdón y de paz.
Escucha, Padre,
El grito de sangre inocente
Derramada en el campo de batalla,
Y acoge en tu morada de luz,
Por la materna intercesión
De la Virgen de los Dolores,
A los hombres a los que la violencia armada,
Ha arrebatado la vida,
Dejándolos ya sólo
A las manos de tu misericordia.

e. Preserva a las criaturas del cielo, la tierra y el mar amenazadas por la destrucción tras sufrimientos indecibles

Padre amante de la vida,
Que en la resurrección de tu Hijo Jesús
Has renovado al hombre
Y toda la creación entera,
Y quisiste dar tu paz como primer don:
Cuida con compasión
A la humanidad desgarrada por la guerra;
Protege a las criaturas
Del cielo, la tierra y el mar,
Obra de tus manos,
Amenazadas por la destrucción
Tras un sufrimiento sin precedentes,
Y haz que,
Por la intercesión de Santa María
Sólo la paz guíe los destinos
De los pueblos y las naciones.

f. Pronto llegará a todas las fronteras el esperado anuncio: ¡la guerra ha terminado!

En esta hora
De violencia inaudita
E innecesario derramamiento de
sangre,
Acoge, Padre,
La oración que se eleva a Ti
De toda la Iglesia,
Orando con María, Reina de la Paz:
Infunde en todos los gobernantes
De todas las naciones
El Espíritu de la unidad y la concordia,
Del amor y de la paz,
Para que llegue pronto
Todos los confines
El anuncio tan esperado:
¡La guerra ha terminado!
Y, silenciado el estruendo de las armas,
Resonando en toda la tierra
Cantos de fraternidad y paz.



3. MATERIAS PRIMAS

a. CONFLICTO DEL GOLFO PÉRSICO. LLAMAMIENTO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN LA REUNIÓN CON LOS COLABORADORES DEL VICARIATO DE ROMA

Jueves 17 de enero de 1991

“Este encuentro con vosotros, queridos colaboradores en el Vicariato de Roma, tiene lugar en un momento de profunda tristeza para mi ánimo de Padre y Pastor de la Iglesia universal.

Las noticias llegadas durante la noche sobre el drama que se está llevando a cabo en la región del Golfo han despertado en mí y —estoy seguro— en todos vosotros sentimientos de profunda tristeza y gran desconsuelo.

Hasta el último momento he orado a Dios, esperando que eso no sucediese, y he hecho todo lo humanamente posible para evitar una tragedia.

La amargura deriva del pensamiento de las víctimas, las destrucciones y los sufrimientos que la guerra puede provocar; me siento especialmente cercano a todos los que, a causa de ella, están sufriendo, de una parte y de otra.

Esta amargura se vuelve aun más profunda por el hecho de que el inicio de esta guerra significa también una grave derrota del derecho internacional y de la comunidad internacional.

En estas horas de grandes peligros, quisiera repetir con fuerza que la guerra no puede ser un medio adecuado para resolver completamente los problemas existentes entre las naciones. ¡No lo ha sido nunca y no lo será jamás!

Sigo esperando que lo que ayer comenzó finalice cuanto antes. Pido a fin de que la experiencia de este primer día de conflicto sea suficiente para hacer comprender el horror de cuanto está aconteciendo y hacer entender la necesidad de que las aspiraciones y los derechos de todos los pueblos de la región sean objeto de un particular empeño de la comunidad internacional.

Se trata de problemas cuya solución puede buscarse solamente en una asamblea internacional, en la que todas las partes interesadas estén presentes y cooperen con lealtad y serenidad.

Espero aún gestos valientes que puedan abreviar la prueba, restablecer el orden internacional y hacer que la estrella de la paz, que brilló un día en Belén, vuelva ahora a iluminar aquella región a la que tanto amamos.”



b. ORACIÓN DE LA PAZ



Aula de las Bendiciones, Sábado, 2 de febrero de 1991

“Hermanos y hermanas,

El corazón de todos nosotros está lleno de dolor por la guerra en curso en la región del Golfo, donde todos los días escuchamos noticias más preocupantes sobre el número de combatientes y el número de armas utilizadas, así como por el impacto del conflicto en toda la población civil.

Todo esto se hace aún más doloroso por el hecho de que este sombrío panorama es probable que se extienda en el tiempo y el espacio, con consecuencias tan trágicas e incalculables.

Como hombres y como cristianos, no debemos acostumbrarnos a la idea de que esto es inevitable y se debe permitir que nuestros sentimientos sucumban a la tentación de la indiferencia y la resignación fatalista, como si la gente no pudiera no estar involucrada en la espiral de la guerra.

Como creyentes en el Dios de la misericordia y su Hijo Jesús, muerto y resucitado por la salvación de todos, no podemos perder la esperanza de que el gran sufrimiento que afecta a tan vasta porción de la humanidad, tiene que terminar tan pronto como sea posible.

Para lograr este fin, tenemos a nuestra disposición, en primer lugar, la oración, humilde instrumento, pero, si se alimenta con sincera y fuerte, más fuerte que cualquier arma y cualquier cálculo humano.

Encomendamos a Dios nuestro profundo dolor, junto con nuestra esperanza.

Invoquemos la luz divina para que ilumine a aquellos que, en el ámbito internacional, sigan buscando caminos de la paz, tratando de poner fin a la guerra y, con un fuerte deseo de encontrar paz y de justicia, encuentren las soluciones adecuadas a los diversos problemas en el Oriente Medio.

Pedimos a Dios que ilumine a los líderes de las partes en conflicto para que encuentren el coraje de abandonar el camino de la confrontación militar, y hallar el de la confianza, la sinceridad, la negociación, el diálogo y la colaboración.

Imploramos del consuelo divino para aquellos que están sufriendo a causa de la guerra y las graves situaciones de injusticia e inseguridad que en el Oriente Medio aún no han sanado.

En esta apelación a la confianza en la misericordia de Dios, les pido que todos se sientan en armonía con otros creyentes, especialmente en aquellos lugares con poblaciones de judíos, cristianos y musulmanes, que son los más afectados por esta guerra.”

A continuación, el Santo Padre pronunció a lo largo del rosario las oraciones que hemos adelantado en la oración de entrada de este documento.

c. DISCURSO DEL PAPA JUAN PABLO II DURANTE LA REUNIÓN CON LOS OBISPOS Y PATRIARCAS DE LOS PAÍSES IMPLICADOS EN LA I GUERRA DEL GOLFO

Lunes, 4 de marzo 1991

“Queridos y venerados hermanos en el episcopado,

La presencia de los venerables Patriarcas católicos de las Iglesias de Oriente Próximo y Medio Oriente nos recuerda el sufrimiento que continúan soportando grandes poblaciones de una región en la que Dios se ha revelado a nuestros padres en la fe. En los últimos meses, en el Golfo Pérsico, las pruebas han duplicado su dolor.

Mientras abrimos nuestra jornada de reflexión sobre este grave problema, invocamos para nuestro trabajo la luz del Espíritu Santo y nos confiamos a la intercesión maternal de María para que haga nacer de nuestra labor las orientaciones e iniciativas que reflejen más claramente el amor que Dios tiene por todos los hombres.

Queridos hermanos, venís aquí como testigos de estas grandes pruebas que han golpeado y diezmado poblaciones enteras, que han diseminado el dolor y la destrucción y que incluso han reavivado desconfianzas y rencores heredados del pasado. Porque, en realidad, la tentación de



recurrir a la guerra estaba presente ya mucho antes del mes de agosto de 1990.

La paz y la justicia caminan de la mano. Ahora, hace más de cuarenta años que el pueblo palestino está desplazado y el Estado de Israel está siendo

desafiado y amenazado. No podemos olvidar que desde 1975, el pueblo libanés vive una larga agonía, y aún hoy que su territorio nacional está ocupado por fuerzas armadas no libanesas. Su Beatitud Nasrallah Sfeir nos puede exponer las aspiraciones de sus ciudadanos, cristianos y musulmanes.

La presencia de los patriarcas católicos copto, siríaco, melquita, maronita, latino de Jerusalén y armenio, es para nosotros un recordatorio oportuno de que los fieles, esparcidos en casi todos los países de la región, se enfrentan junto con otros hermanos y hermanas cristianos a mil dificultades, siendo la mayor de ellas poder afirmarse como cristianos siendo minoritarios en

sociedades islámicas que, de acuerdo con políticas nacionales o regionales, les toleran, les estiman o les rechazan. En este sentido, no puedo ignorar el hecho de que todavía hay países que no permiten que las comunidades cristianas estén establecidas en su territorio para celebrar su fe y vivir de acuerdo a las necesidades de su propia confesión. Pienso, en particular en Arabia Saudí.

Por último, el Patriarca de Babilonia de los Caldeos, Su Beatitud Raphael Bidawid, porta el testimonio de su país, Irak, cuyo pueblo, apenas acabado de salir de otro conflicto con Irán, ha experimentado los horrores de la guerra de nuevo. Imaginamos con cuánta impaciencia todos los iraquíes, cristianos y musulmanes, están a la espera de una verdadera paz para hoy y el mañana.



Ante esta situación, quería que no faltase una expresión concreta de la solidaridad eclesial. Es por eso que he decidido que en esta reunión participaran los Presidentes de las Conferencias

Episcopales de los países más directamente involucrados en lo que se ha llamado "la guerra del Golfo". Les doy las gracias a todos por venir, a pesar de sus muchos compromisos pastorales, y por haber dado este testimonio de colegialidad.

Cuando la guerra ha sembrado divisiones, sufrimientos y la muerte, es esencial que la Iglesia católica aparezca a los ojos del mundo como una comunidad de amor, que, como afirma el Concilio Vaticano II, " avanza juntamente con toda la humanidad y experimenta con el mundo la misma suerte terrena " y debe aparecer siempre y más "como el fermento y el alma de la sociedad humana destinada a renovarse en Cristo y a transformarse en familia de Dios"(Gaudium et Spes, 40).

Esta excitante misión de la Iglesia en el mundo y por el mundo no responde en absoluto a criterios o ambiciones de naturaleza política.



Con pobreza de medios, conforme a su naturaleza espiritual, la Iglesia se esfuerza por suscitar o despertar el sentido de la verdad, la justicia y la fraternidad, que el Creador ha puesto en el corazón de cada hombre, de cada persona considerada siempre en su dimensión trascendente y social.

Estas consideraciones básicas han motivado mis numerosas y recientes intervenciones mientras la paz en el Golfo y, en cierto modo, la paz del mundo estaban amenazadas. Me pareció necesario, en efecto, recordar los grandes principios de la moral y el derecho internacionales que siempre deben inspirar el comportamiento de los pueblos y sus líderes, principios de la moral y el derecho que interpelan del mismo modo a la conciencia de todos y que son aplicables en todas las partes y aplicables por todos los miembros de la comunidad internacional.

Ahora, sabemos que al final de la orden de la Segunda Guerra Mundial internacionales ha visto la luz con el fin de alcanzar la solidaridad y en todas partes ser iguales en dignidad y derechos. Se excluyó la guerra como un medio útil para la solución de las controversias entre las naciones. Ahora tenemos ahora la ocasión para medir el fundamento de esta visión.

A la luz de estos principios, la comunidad de naciones, y en particular las organizaciones internacionales y regionales, están llamadas a considerar "el después de la guerra del Golfo". Se formulan preguntas de importancia fundamental:

- la aplicación efectiva del principio de integridad territorial de los Estados;
- la solución de los problemas pendientes desde hace décadas y que constituyen focos continuos de tensiones;
- la regulación del comercio de armas de todo tipo;
- los acuerdos de desarme de la región.

Sólo cuando se dé una respuesta a estos problemas que podrán coexistir en paz, Iraq y sus vecinos Israel, el Líbano, el pueblo palestino y los chipriotas.

Es imposible ignorar los problemas de carácter económico. En esta parte del mundo existen desigualdades, y todos sabemos que cuando la falta de perspectivas para el futuro y la pobreza afectan a la gente, la paz está en peligro.



El orden económico internacional, de hecho, debe tender cada vez más a compartir y rechazar el acaparamiento y disfrute egoísta de los recursos del planeta. Se debe garantizar la remuneración justa de las materias primas, permitir a todos el acceso a los recursos necesarios

para vivir, garantizar el intercambio armonioso de las tecnologías y asegurar unas condiciones aceptables para el reembolso de la deuda de los países más pobres.

Pasemos a la fase activa de nuestro encuentro escuchándonos los unos a los otros, esforzándonos por escuchar los gritos de muchas personas que esperan una paz justa y duradera y por mostrar solidaridad con sus aspiraciones. No nos olvidamos de la existencia de graves problemas en la región que ahora parecen más urgentes que nunca.

Me parece importante, queridos hermanos en el episcopado, que algunas convicciones guíen nuestra reflexión:

- Si los problemas de ayer no se resuelven o no conocen el inicio de una solución, los pobres de Oriente Medio, pienso en particular en el pueblo palestino y el pueblo libanés, estarán todavía más amenazados;
- No hay guerras de religión en curso y no puede haber una "guerra santa", porque los valores de la adoración, la fraternidad y la paz que nacen de la fe en Dios nos llaman al encuentro y el diálogo;
- La solidaridad que se solicita a la comunidad internacional en favor de los pueblos afectados por la guerra debe ir acompañada de un esfuerzo serio de que los prejuicios y las simplificaciones no socaven las mejores intenciones;
- Estamos todos pendientes de encontrar soluciones y promover el diálogo para lo que constituye un grave riesgo de que agraven las tensiones existentes.



Venerables hermanos, nuestra propia reunión es un mensaje dirigido a las iglesias y el mundo. Reúne a los pastores de los pueblos que ayer emplearon unos contra otros la fuerza. Hoy, en el centro de la Iglesia, de esta sede apostólica que preside la caridad, estos mismos pastores llaman a la reconciliación para construir juntos un futuro que permita a todos vivir en la dignidad y en la libertad.

Estoy seguro de que las comunidades católicas de la región, a pesar de su pequeñez y de la pobreza de sus medios, están llamadas a portar su testimonio y su contribución a la reconstrucción de una sociedad más fraterna. Para cada uno de ellos es el momento de la conversión y la autenticidad: vivid el Evangelio sin miedo ni complejos y dad pruebas de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 P 3, 15).

¡Es nuestra esperanza, es nuestra oración!

Fuentes

- Juan Pablo II, 1991-01-17: Llamamiento a la paz en el conflicto del Golfo Pérsico en la reunión con los colaboradores del vicariato de Roma. Roma. http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1991/january/documents/hf_jp-ii_spe_19910117_vicariato-roma_sp.html
- Juan Pablo II, 1991-02-02: Oración por la Paz. Roma. http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1991/february/documents/hf_jp-ii_spe_19910202_preghiera-pace_it.html
- Juan Pablo II, 1991-03-04: Discurso durante la reunión con los Patriarcas y obispos de los países implicados en la guerra del Golfo. Roma. http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1991/march/documents/hf_jp-ii_spe_19910304_patriarchi-vescovi_it.html

Joannes Paulus PP. II

